

# La Quincena

Revista de Ciencias, Letras y Artes

Director y Redactor: VICENTE ACOSTA  
Redactores: Calixto Velado, Román Mayorga Rivas, Francisco Gavidia,  
Santiago I. Barberena y Francisco A. Gamboa  
Administrador: EDUARDO AGUERO

AÑO I—TOMO II

San Salvador, Centro América, 1.º de enero de 1904

NUM. 19

## HISTORIA

DE LA INTRODUCCIÓN DEL VERSO ALEJANDRINO FRANCÉS EN EL CASTELLANO

QUISIERA que se tomase la relación que hoy confío á esta página ni más ni menos que en lo que vale.

Por tres razones:

Porque se refiere á la victoria del modernismo, en general.

Porque se refiere también á uno de los jefes del modernismo de la América Latina.

Porque podría decir mal de la modestia del que estas líneas escribe.

Deseo, pues, que se crean los hechos que refiero, y tocante á los juicios á que den lugar y las consecuencias que de ellos deban deducirse, ruego al lector de corazón bien puesto los haga como tal y los devane como quien es.

Y voy al grano.

En 1882-4, después de haber leído *Los Miserables*, cayó en mis manos un volumen de poesías de Víctor Hugo.

Yo había oído leer versos franceses á franceses de educación esmerada, y por más que ahincara la atención, aquellos no me parecían versos de ningún modo.

Parecíanme prosa distribuida á iguales renglones.

El misterio no duró mucho tiempo, pues sin maestro, ni otro auxilio que mi sensualismo pertinaz por todo conceto, acerté á descubrir en el corazón del verso francés la melodía que creó y forjó el genio sabio de Alejandría.\*

Feliz con mi personal hallaz-

\* Los franceses no conocen el origen de su metro más elevado ó noble, de su metro heroico, dramático y trágico, del alejandrino, en fin. ¿Derivan su nombre del poema inconcluso *Alejandro el Grande*, de Lamerbrt-lí-Cors del siglo XII? ¿O de Alejandro de París, poeta parisiense que continuó este poema y "que empleó el primero el verso alejandrino" dándole su nombre? ¿En qué verso estaba, pues, escrita la parte de poema del Lamerbrt-lí-Cors?

En el mismo siglo escribió en España el *Poema de Alejandro* Juan Lorenzo Segura de Astorga, y aunque no se le niega originalidad, él mismo hace referencia, más de una vez, al *Poema de Alejandro*, de Gualter. Este poeta escribió el suyo en latín.

El alejandrino se parece, por su cesura y el número de sus sílabas, al se cuentan en el verso francés de esta clase, al verso asclepiadeo de los griegos.

Después del espíritu de análisis del mundo exterior que dio nacimiento al Paganismo y que debió reflejarse en el idioma, por la declinación, y en el verso por la cantidad de la sílaba y el pie; vino el espíritu sintético que recompuso la unidad analizada, y conforme á la más elevada ley de la síntesis, no solo sumó los elementos de esa unidad, sino que los elevó á una ley superior á la que representa esa unidad como simple suma de sus componentes. Se dejó de pensar en la palabra por pensar en la frase. Se olvidaron la cantidad de la sílaba y el pie, y apareció la rima, que los contiene, y que no conocieron los antiguos, con más la frase musical larga del endecasílabo, del romance. El asclepiadeo, bajo la forma de alejandrino, careció de cantidad silábica y de pie; no tuvo sino cesura para dividir los hemistiquios y ritmo, ó sea para cada hemistiquio una frase musical. Es dado suponer que la pléyade de Alejandría produjera algún bello poema hoy desconocido como tantas de sus obras, en honor del fundador de la ciudad grandiosa. Que los poemas de Alejandro francés y español, escritos en asclepiadeos vueltos al romance del siglo XII y XIII, fuesen versiones al español y al francés del Alejandro escrito en asclepiadeos griegos, ó de una traducción escrita en asclepiadeos latinos, y de allí el verso llamado Alejandrino.

go, leí versos franceses para mi gusto y recreo; y los leí á quien quiso oirme, que fueron pocos, entre los estudiantes compañeros de prensa que eran entonces pimpollos de literatos, de médicos y abogados.

He aquí una de las poesías que más influyó en la futura reforma, traducida en 1884-5 con la intención de reproducir todos los efectos del alejandrino francés:

## STELLA

(DE VÍCTOR HUGO)

Je m'étais endormi la nuit près de la grève...  
(LES CHATIMENTS; Liv. IV—XV.)

A SALVADOR RODRÍGUEZ

Yo dormía una noche á la orilla del mar.  
Sopló un helado viento que me hizo despertar.  
Desperté. Ví la estrella de la mañana. Ardía  
En el fondo del cielo, en la honda lejanía,  
En la inmensa blancura, süave y soñolienta.  
Huía Aquilón llevándose consigo la tormenta.  
Aquel astro en vellones el nublado cambiaba.  
Era una claridad que vivía y pensaba.  
Blanqueaba el escollo, que hinche la onda al romperla.  
Se creé ver una alma á través de una perla.  
En vano es aún de noche, pues la sombra declina,  
Y se alumbran los cielos con sonrisa divina.  
Un vislumbre argentaba, en el mástil, la altura.  
El navío era sombra; la vela, era blancura.  
Atentas, de las rocas desgajadas y rotas,  
Vefan gravemente el astro las gaviotas,  
Como una ave celeste formada de una estrella.  
Oceano, semejante al pueblo, iba hacia ella,  
Y rugiendo muy bajo la miraba brillar  
Cual si tuviese miedo de ir á hacerla volar.  
Un amor inefable lo infinito llenaba.  
Débilmente á mis pies, la yerba murmuraba.  
Pláticas, en los nidos. Luego, una flor galana  
Se despertó y me dijo:—"Esa estrella es mi hermana."  
Y mientras que sus pliegues la sombra recogía,  
Yo escuchaba una voz que del astro venía:  
—Soy el astro del alba que llega desde luego;  
"Soy la estrella que muere, que nace con más fuego;  
Si se me crée en la tumba, la tumba no me inquieta.  
Brillé sobre el Sinái; brillé sobre el Taigeta.  
Yo soy el pedernal de oro y fuego que Dios  
Arroja, cual si fuese con una honda veloz,  
De la espantosa Noche sobre lo oscura frente.  
Cuando un mundo perece yo soy la renaciente.  
¡Oh, Naciones! yo soy la ardiente Poesía!  
Yo ardí sobre Moisés, yo sobre el Dante ardía;  
El león Oceano muere por mí de amor.  
Llego, pues; levantaos, Fe, Virtud y Valor.  
Pensadores, espíritus; tú que en lo alto vigilas!  
Oh, párpados, abríos! Alumbraos, pupilas!  
Tierra!, que se abra el surco; que todo se desligue.  
De pie los que dormís; porque aquel que me sigue,  
Porque aquel que me envía adelante, en verdad  
Es el gigante Luz, el ángel Libertad.

Pero hubo uno que prestó atención como yo la deseaba; que me oyó una vez; y una, y dos, y más parrafadas de versos franceses, y un día y otro día; y finalmente leyó á su vez como yo mismo lo hacía.

Este mi interlocutor era entonces un gran *palmino* y un gran *becqueriano*; había leído cien décimas, dignas del mismo don José Joaquín Palma, ante el Congreso de Nicaragua, y llenaba los albums con imitaciones deliciosas de Bécquer.

Nada había hasta allí en él de modernista; ó, mejor dicho, de francés. \* \*

Un día me mostró unas cuartillas que abultaban de un modo jactancioso: era el tiempo y la edad nuestros en que el mayor volumen era algo como una parte del mérito de la obra literaria.

Era un comienzo de poema.

Estos versos eran una imitación del verso alejandrino francés en versos castellanos. Uno que nos llamara la atención en nuestras lecturas, por estar formado con sólo dos palabras,—el verso célebre:

*Rebrunlquicherait Nabuchodonossor,*

había sido imitado en el poema: hablando del huracán en sentido simbólico, el poeta decía:

No le temas ¡oh yerba que desconoce el prado!  
Témele tú, robusto monocotiledón.

Este conocimiento de un ritmo tuvo la importancia del hallazgo del filón de una mina monstruo.

¡Quién hubiera creído que la música de unos versos franceses, leídos en un cuarto de estudiante, de una casa de la entonces llamada calle de San José,

ahora 8ª calle Poniente, iba á tener tan poderosas alas, como para influir, cual si fuese una luna ó un cometa, en el ritmo que preside en el flujo y el reflujo del mar del habla castellana, por lo menos en el hemisferio hispanoamericano; y no sólo en el ritmo, en el estilo, en las formas de la prosa, y en algunas órdenes de ideas!

La Reina Mab, partera de las hadas, que después diera asunto á un cuento azul, fue un tópicos de aquella charla incésante, que no era todo lo albadí que suponíamos. En Arte todo lo que se refiera al gusto tiene importancia. Estáis jugando con un metro exótico y resulta que asistís, tal vez, como en tiempo de Berceo, á una modificación parcial del idioma, es decir, en el modo de sentir y pensar de muchas gentes.

Y cualquiera que sea la importancia que se le dé á la introducción en castellano del nuevo alejandrino,—adaptación en que se debe reconocer una *novedad en la colocación de los acentos, una entonación general de cada verso, una libertad de cortes y una suavidad de cesura entre los hemistiquios, que no se conocían en castellano, [los antiguos alejandrinos y los de Astorga de Segura y de Berceo son de conformación muy diversa]*, y aunque este joven revolucionario esté muy lejos de destronar al Emperador Endecasílabo, y á las otras ramas reinantes de la dinastía, me place recordar que de la antigua calle de San José salió está oleada de vida literaria, cuya ondulación ha llegado á todas las playas de la América.

Hoy puede decirse que á España. Salvador Rueda y sus discípulos han popularizado el nuevo alejandrino. Y, permítaseme añadir, la vieja contextura de la frase castellana, hija del ontologismo inmemorial español, algo ha perdido con el nuevo alejandrino, que es evidentemente de la escuela psicológica.

No debe olvidarse que el lenguaje científico ha ganado mucho con esta forma psicológica.

Però es en *El Idilio de la Selva* escrito en 1883, (pues evidentemente debía hacerse una conciliación entre los sendos genios de

los dos idiomas, francés y castellano), donde está el nuevo alejandrino como yo entiendo que debe adaptarse al genio del castellano.

Se sabe la opinión desfavorable de Michelet tocante á la monotonía de los pareados alejandrinos franceses. Y el lector convendrá en que aceptando para el castellano solamente lo que el alejandrino francés tiene de flexible y de gracia, que es lo que he querido hacer ver en *El Idilio de la Selva*, nuestro idioma adquiere una belleza más, sin perder ninguna de las suyas.

## EL IDILIO DE LA SELVA

Oye: desde los bosques  
Trae al soplar la brisa, ruidos, besos, pasión,  
Y lleva enjambres de arpas, bandadas de preludios,  
Himnos para el amor.....

Oye, de la montaña,  
Los imponentes róbles se mueven á compás,  
Y cuenta hoja por nota, árbol por sinfonía,  
Que arrastra el huracán.

Óyeme, allí los troncos  
Cubren robustas guías, allí de dos en dos,  
Las gruesas ramas tuercen como haces de serpientes  
Sus manojos de fibras en salvaje apretón.

Y debajo las yerbas,  
Los cristalinos tallos, los bejuco, la flor,  
Las hojas apiñadas, buscando entre las sombras,  
Algún rayo de sol.

Y arriba, por los brazos  
Y la áspera corteza del árbol, se mira ir  
Torciendo sus anillos, cobrando más ponzoña,  
El constrictor reptil.

Y más arriba, el nido  
Que se mece en la rama con pausada inquietud;  
Y luego, más arriba, hojas, aves; y luego  
Más arriba, el azul.

Por aquel rudo templo,  
En su carro invisible pasa una bendición;  
Se hinchen los granos, se abren los capullos, se siente  
Un soplo creador.

Luz, calor, armonía,  
Amor allí del ruido hace una encarnación;  
Allí el pétalo es eco, allí el huevo es un ritmo,  
Y la roca una voz.